

parte en el movimiento por no desobedecer las órdenes de su monarca, se previno, aunque sin darse por entendido de lo que pasaba. Pronto tuvo aviso Moctezuma del proyecto del rey de Texcoco; y bien informado de los pormenores por varios señores de pueblos que no quisieron tomar parte en la liga, puso en conocimiento del jefe castellano la actitud hostil de su sobrino. Hernan Cortés se convenció entonces de la sinceridad de las promesas de Moctezuma. Le dió las gracias, y conferenció con él, respecto de los medios que se debían emplear para que Cacamatzin desistiese de su intento. El caudillo español, que siempre había encontrado felices resultados en las empresas temerarias, resolvió marchar inmediatamente sobre Texcoco, atacando á su rey en su misma corte. Un golpe decisivo y pronto le daría la victoria, y la chispa de la guerra encendida por el monarca texcocano quedaría apagada sin que pudiese comunicar el fuego á otros estados. Para que la nación se convenciera de que el emperador azteca reprobaba la actitud hostil contra los españoles, solicitó de Moctezuma algunas tropas mejicanas que le acompañasen. El soberano de Méjico le disuadió de la determinación, manifestándole las grandes dificultades de tomar por asalto la plaza; los numerosos y aguerridos ejércitos de que podía disponer, y el valor personal de Cacamatzin, que no cedería sino después de una lucha sangrienta. Hernan Cortés determinó entonces enviarle una embajada. Le recordaba la amistad contraída cuando fué enviado por su tío Moctezuma para darle la bienvenida. Le pintaba los males que podía llevar sobre su pueblo, provocando una guerra contra los que en nada le ofendían, pero que po-

drian destruirle si les provocaba al combate. Se esforzó en hacerle ver que nada era más conveniente que mantener una correspondencia amistosa con el monarca de Castilla, y terminaba aconsejándole que no alterase la paz.

Una contestación altiva fué la que recibió el caudillo español del valiente rey de Texcoco. Cortés reprimió su enojo, y volvió á enviarle otro mensaje de paz, procurando evitar un rompimiento. Cacamatzin, resuelto á la guerra, contestó en tono más arrogante á las proposiciones del jefe castellano. Dijo que no reconocía la autoridad del soberano de Castilla, á quien no conocía, de quien jamás había oído hablar hasta entonces, y á quien no quería conocer: que no podía tener por amigos á los que llegaban como señores, castigaban el patriotismo de elevados personajes, ultrajaban la dignidad real de su pariente y eran enemigos de sus dioses y de su religión.

Hernan Cortés, dispuesto á tocar todos los medios de conciliación antes de apelar á las armas, suplicó á Moctezuma que interpusiese su influencia y parentesco para evitar la lucha (1). Con gusto tomó á su cargo el monarca azteca la comisión. Envió á personas altamente respetables para que viesan al soberano de Texcoco. Por medio de ellas le suplicaba que pasase á Méjico, donde le prometía arreglar honrosamente sus diferencias con los españoles.

(1) El apreciable historiador Clavijero dice que Cortés, «para empeñar á Moctezuma en aquel negocio, fingió sospechar de él que tuviese algún influjo en los proyectos hostiles de su sobrino». Pero no consta esto ni por Cortés ni por Bernal Diaz. Todo lo contrario. El último dice: «Nuestro capitán rogó á Moctezuma, pues era tan gran señor, y dentro de Texcoco tenía grandes caciques y parientes, etc.»



Cacamatzin creía ver en la intervencion de su tío una nueva degradacion indigna de un soberano; se imaginó que la mano de Cortés habia tenido influencia en aquel mensaje; y llenándose de indignacion al ver á su tío tratando de detener el brazo levantado para herir á los que le humillaban, le contestó con breves y enérgicas expresiones. Le dijo que si hubiera quedado en su corazon algún sentimiento de honor, se avergonzaria de interceder por los que le habian humillado y le tenian preso; pero que toda vez que se habia extinguido en él la llama santa del patriotismo, el celo por la religion ultrajada por los extranjeros, y envilecia con su vergonzosa cobardía la gloria conquistada por sus antepasados, él se proponia salvar el lustre de su familia, defender la religion, vengar á sus dioses y volver la libertad á la patria oprimida. El intrépido joven terminaba diciendo: «que iria, sí, á la capital de Méjico; pero que marcharia, no con las manos cruzadas sobre el pecho, sino con el brazo levantado y empuñando la espada, para arrojar á los osados extranjeros del suelo del Anáhuac, y lavar con su sangre la mancha arrojada sobre el país entero» (1).

Hernan Cortés se manifestó indignado con la altanera respuesta del rey de Texcoco, y se propuso marchar á combatirle. Moctezuma, que temia ser la víctima si llegaba á

(1) «Y que para reparar la religion, y restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iria de muy buena gana, mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habian hecho á la nacion de Colhúa.»—Gómara. *Crónica*.

estallar la tempestad, se propuso conjurarla con su astuta política. Dijo á Cortés que le dejase obrar; que él tenia al lado del soberano de Texcoco individuos de elevada categoría á su servicio (1). Por medio de ellos creía fácil atraer á su partido á una gran parte de la gente de Cacamatzin, prenderle y conducirlo preso á la capital, desbaratando la conjuracion sin derramamiento de sangre.

Moctezuma puso inmediatamente en juego los resortes de su política para alcanzar el objeto que se habia propuesto.

Ponderó á los oficiales mejicanos que se hallaban al servicio del rey de Texcoco, la necesidad de apoderarse de él para evitar graves males á la nacion. Les dijo que un sentimiento de bastarda ambicion era el móvil único que reconocia el grito de guerra contra los españoles, que eran sus amigos, y les dió las instrucciones necesarias para lograr fácilmente su aprehension.

Todo se verificó de la manera anhelada por el monarca azteca. Solicitaron algunos caciques principales una entrevista con el rey de Texcoco, para tratar de los asuntos de la guerra contra los extranjeros. El monarca residia entonces en un palacio de recreo que tenia á orillas de la laguna, y les citó para él. Se hallaba la casa de recreo á poca distancia de la capital, y como la mayor parte de los

(1) «Que él tenia en su tierra del dicho Cacamazin muchas personas principales que vivian con él y les daba su salario; que él fablaria con ellos para que atrajesen alguna de la gente del dicho Cacamazin á sí, y que traída y estando seguros, aquellos favorecerian nuestro partido, y se podria prender seguramente.» Segunda carta de Cortés á Carlos V.



edificios principales, se elevaba sobre el lago, corriendo un ancho canal por debajo, permitiendo el paso á las canoas.

Cuando Cacamatzin se presentó en la sala para celebrar la conferencia, se vió sujetado por sus oficiales, conducido á una canoa dispuesta al efecto, y conducido á Méjico sin que nadie de sus partidarios se apercibiese de la prision del rey.

Cuando saltó en tierra, le presentaron unas ricas andas, como correspondia á los soberanos, y con el respeto y consideraciones debidas á su elevado carácter, fué llevado á la presencia de Moctezuma. No se abatió el jóven monarca al verse ante la presencia del soberano azteca. Por el contrario; teniendo la accion que acababa de cometer como la mas indigna de un rey y de un pariente, le echó en cara su conducta pasada, y le afeó su pusilanimidad y su cobardía. Moctezuma á su vez le acusó de ambicioso; le dijo que su pretendido patriotismo no habia sido mas que un pretexto para que le proclamasen rey de Méjico. Terminadas estas palabras, mandó que le condujesen á la presencia de Cortés, poniéndole á su disposicion. El jefe castellano, atendiendo mas al resultado que pudiera dar la pena que le impusiese, que á la categoría del personaje, mandó reducirlo á prision y ponerle grillos. Hernan Cortés se creyó relevado de guardar con el distinguido preso las consideraciones debidas á un monarca, pues sabia que á él le habia reservado conducirle á la piedra del sacrificio en caso de vencerle. Bajo este punto de vista creo que se debe ver el acto de Cortés mandando poner grillos á Cacamatzin. Los que han apreciado de otra manera el hecho,

no han tenido presente la pena que le tenia destinada su valiente contrario.

La prision del joven monarca de Texcoco destruyó la terrible tormenta preparada contra el ejército español, y libró á Moctezuma del temor que le habia asaltado de que le usurpasen la corona.

Deseando el monarca azteca colocar sobre el trono de Acolhuacan un hombre que le fuese deudor del cetro que empuñara, para contar con su fidelidad, eligió á uno que le habia manifestado siempre la mas cordial adhesion. Era un sobrino suyo, el príncipe Cuicuitzca, hermano menor del monarca texcocano. Hacia algun tiempo que, para esquivar el castigo que éste queria imponerle por asuntos de familia, habia huido de Texcoco, refugiándose en la capital de Méjico. Moctezuma, interesado por la suerte de su jóven sobrino, le amparó en su palacio, quedando así bajo su proteccion.

Tomada su resolucion, manifestó á Cortés su pensamiento, y la corona fué destinada al jóven Cuicuitzca.

Mas derecho tenian á la corona los príncipes Ixtlilxochitl y Caonaco, hermanos ambos del rey de Texcoco. Pero Ixtlilxochitl, que gobernaba la parte montuosa del reino de Acolhuacan, era enemigo de Moctezuma y se habia manifestado amigo de los españoles. Dándole mayor poder, temia que se coligase con los últimos y le derrocasen del trono.

El nombramiento de Cuicuitzca le libraba de todo temor. Le era deudor de la vida, y siéndolo tambien del trono, tendria en él un fiel aliado, dispuesto siempre á corresponder á los favores que le debia.



La influencia que el monarca azteca ejercia con la nobleza texcocana, allanó las dificultades para la eleccion. Cierta es que Ixtlilxochitl y Coanaco tenian mas legítimos derechos al trono; pero los nobles eligieron al candidato de Moctezuma. El nuevo rey, acompañado de los grandes de su reino, marchó á Texcoco, donde fué recibido con entusiastas aclamaciones, arcos de triunfo, bailes y música.

Solo le faltaba á Cortés apoderarse de los demás jefes que se habian coligado con Cacamatzin. Nada era ya mas fácil. La autoridad de Moctezuma era acatada en todas partes, y sus órdenes cumplidas inmediatamente. El emperador azteca, de acuerdo con el general castellano, mandó que condujesen presos á la capital al rey de Tlacopan y á los señores de Iztapalapan y de Coyohuacan, que eran los que habian abrazado el plan de Cacamatzin.

La orden fué obedecida, y los personajes conducidos á la presencia del rey de Méjico. Poco despues fueron encerrados en la prision destinada á los nobles.

Así acabó el plan de guerra proyectado por el valiente Cacamatzin.

Cortés se hallaba libre de todos sus contrarios. Los tenia en su poder. Los señores mas poderosos se hallaban aherrojados. El mismo monarca de Texcoco era su fiel aliado; y el poderoso emperador azteca, no era más que un dócil instrumento de su voluntad.

La conducta observada por Moctezuma con el noble Cacamatzin, no fué digna de un monarca; fué vergonzosa. No disculpa sus actos el creer que promovia la lucha contra los españoles, con el siniestro fin de que los mejicanos

le proclamasen rey. El monarca azteca contaba con la fidelidad de sus vasallos: sabia que á la invitacion del rey texcocano, habian respondido protestando no obrar jamás sin orden expresa de su soberano. El hombre que fué obedecido por los mismos servidores del rey de Texcoco para prenderle, mal podia temer que le despojasen de la corona para colocarla en las sienes de otro monarca.

Si declarándose su contrario porque se disponia á ofender á los españoles, que él habia recibido como amigos, hubiera marchado á combatirle como anhelaba Cortés, nadie tendria derecho para acusarle por su conducta; pero recurrir al soborno de sus vasallos cuando la guerra no se dirigia contra él, fué un acto reprochable.

Cacamatzin era monarca de una nacion independiente sobre la cual no ejercian dominio ninguno los soberanos aztecas. Era, por lo mismo, libre para poner en estado de defensa su patria contra cualquiera invasion extraña. Moctezuma carecia, por lo mismo, de todo derecho para despojarle de la corona. La acusacion de rebelde, carecia de fundamento; pero ni era feudatario de la corona de Méjico, ni se habia declarado vasallo del rey de España.

Cortés, aprovechándose de la conducta irregular de Moctezuma para destruir á sus contrarios, obró en el círculo que le correspondia. Moctezuma, valiéndose de la superchería y del dolo para entregarle atado su enemigo, se aparta de la pauta de la justicia, del deber y del honor (1).

(1) Solís presenta el asunto referente á la prision de Cacamatzin, de una manera que no está de acuerdo con la verdad histórica. Le pinta como cons-



El rasgo de patriotismo de Cacamatzin ha sido mal interpretado por la mayor parte de los historiadores. Se le ha presentado como rey orgulloso y cruel, odiado de sus vasallos, ambicioso y desleal (1).

No existe ni un ligero rasgo de semejanza entre ese retrato y el que presenta la historia antes de los acontecimientos que causaron su prision.

Hijo del rey Nezahualpilli, el Consejo, por unanimidad, le eligió monarca, en 1516, prefiriéndole á todos sus hermanos, por ver en él las distinguidas dotes que deben adornar al que se le confía la direccion de un reino. Sentado en el trono, cedió á su hermano Ixtlilxochitl el gobierno de todos los pueblos de la montaña para evitar la guerra civil, dando así una prueba inequívoca de su amor

pirador contra su soberano, poniendo en boca de Cortés este motivo para que Moctezuma diese la investidura y señorío de Texcoco á Cuicuitzca, «pues ya no era capaz su hermano de volver á reinar habiendo conspirado contra su príncipe». Luego agrega: «fué desposeido Cacamatzin, segun la costumbre de aquella tierra, de todos sus honores, como rebelde á su príncipe». Repito que no existió semejante rebelion. En el primer tomo de esta obra puede ver el lector los diversos gobiernos independientes que habia, y encontrará que los soberanos de Texcoco fueron siempre independientes. Llamar rebelde á un monarca, porque en virtud de su derecho se dispone á hacér la guerra á los que juzga enemigos de su patria, no es justo. El error del apreciable historiador debe nacer sin duda de creer al rey de Texcoco feudatario de la corona de Méjico.

(1) Es sensible que sobre el nombre de un individuo se arroje una mancha, acogiendo sin exámen las acusaciones, y sin ver el punto de donde parten. Solís, para justificar su destronamiento, le pinta con los colores mas desfavorables. «Era, dice, mozo inconsiderado y bullicioso, y dejándose aconsejar de su ambicion, determinó hacerse memorable á su nacion, sacando la cara contra los españoles con pretexto de poner en libertad á su rey... para esperar en la primera eleccion el imperio.» Ya he dicho que no era su rey Moctezuma. Cacamatzin era rey independiente, y como rey independiente no pesa sobre él la nota de rebelde que se le imputa.

á la patria y de su poca ambicion. Su carácter blando y el cariño que profesaba á su tio Moctezuma, fueron causa de que el astuto emperador mejicano, fingiendo proteccion y aprecio, y valiéndose de las estratagemas y de los pretextos, despojase á su aliado y sobrino de algunas importantes poblaciones, debilitando así el poder de la nacion acolhua.

La historia, como se ve, le presenta con bellas dotes de gobierno: ajeno de ambicion bastarda, y afectuoso y blando con su tio el emperador Moctezuma.

Al pintar el anterior retrato, no habia interés en los pintores en hacerle aparecer con distintos rasgos y colorido que los que realmente le correspondian. Los parciales á Moctezuma, los que siendo desleales vasallos le apriaron, debe suponerse que tratarian de pintarle con las mas horribles tintas, para justificar la infamia cometida.

Prudente es desconfiar de la exactitud de ese retrato.

Yo veo en Cacamatzin una figura mas alta: mas noble.

Yo veo un rey cumpliendo con el primero y mas sagrado de los deberes de un soberano.

La defensa de la patria.

El sentimiento del patriotismo debe ser respetado en todo individuo, cualquiera que sea la raza y la nacionalidad á que pertenezca, la religion que profese, y el estado de cultura en que se halle el país en que ha nacido.

Cacamatzin obró como digno príncipe; como leal patrio.

Su llamamiento á su nacion y á los aliados á las armas, le enaltece. Su prision, es una mancha en la vida de Moctezuma.